

*Explotación laboral, conciencia de clase
y género en la literatura española de la
Edad de Plata: la mujer trabajadora en
La tribuna de Emilia Pardo Bazán
y Tea rooms de Luisa Carnés*

*Labor Exploitation, Class Consciousness and Gender in Spanish
Literature of the Silver Age: the Working Woman in La tribuna
by Emilia Pardo Bazán and Tea rooms by Luisa Carnés*

NURIA SÁNCHEZ MADRID

Universidad Complutense de Madrid
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4273-5948>
nuriasma@ucm.es

DOI: <https://doi.org/10.15366/bp2023.33.008>
Bajo Palabra. II Época. N°33. Pgs: 191-218



Recibido: 15/08/2023

Aprobado: 07/10/2023

Este artículo ha contado con el apoyo de los siguientes proyectos: *Precariedad laboral, cuerpo y vida dañada. Una investigación de filosofía social* (PID2019-105803GB-I0/AEI/10.13039/501100011033); el proyecto *On Trust-CM* (H2019/HUM-5699), concedido por la Comunidad de Madrid y el Fondo Social Europeo, la Cost Action CA20134 - *Traces as Research Agenda for Climate Change, Technology Studies, and Social Justice* (TRACTS) y los PIMCD UCM 2022 y 2023 n.º 52 y n.º 5, *Precariedad, exclusión social y marcos epistémicos del daño: lógicas y efectos subjetivos del sufrimiento social contemporáneo* (V y VI).

Resumen

Este artículo se centra en dos novelas españolas que en un sentido lato pertenecen a la llamada Edad de Plata (1868-1936), como son *La tribuna* de Emilia Pardo Bazán y *Tea rooms* de Luisa Carnés. Partiendo de pautas de análisis procedentes del “inconsciente ideológico” del teórico de la literatura Juan Carlos Rodríguez y de “Historia y conciencia de clase” de György Lukács, se dibuja la conexión interna entre la experiencia de opresión originaria del espacio laboral de este periodo histórico y la construcción cultural de la subjetividad que gestiona ese sufrimiento social y lo transforma –o no– en demandas colectivas. La intención es señalar la utilidad de piezas del archivo literario español para reivindicar episodios olvidados de lucha obrera republicana protagonizados por mujeres e identificar los cambios culturales que contribuyeron a naturalizar dispositivos de precarización y explotación en el entorno laboral en la España contemporánea, con especial atención a su impacto sobre las mujeres de la época.

Palabras clave: Historia del trabajo, filosofía social, historia cultural, precariedad, historia de las mujeres, inconsciente ideológico

Abstract

This paper focuses on two Spanish novels belonging in a broad sense to the so-called Silver Age (1868-1936), *La tribuna* by Emilia Pardo Bazán and *Tea rooms* by Luisa Carnés. I endorse a line of research inspired by the theory of the “ideological unconsciousness” issued by the literature theorist Juan Carlos Rodríguez and the approach to social change that György Lukács developed in “History and Class Consciousness”. My main aim is to flesh out the intertwinement between the experience of oppression stemming from the women’s workspace in this period and the cultural construction of the subjectivity intended to manage social suffering and transform it –or not– into collective demands. The ultimate scope of my approach is to spotlight forgotten processes of work struggles led by women and to identify cultural changes that help naturalize precarity and exploitation devices in the workspace in contemporary Spain, sparking special attention to the impact that these dispositives had on the women working at that time.

Keywords: History of work, social philosophy, cultural history, precarity, history of women, ideological unconsciousness

1. Introducción.

El estudio comparativo que realizaremos de dos novelas centradas en mujeres trabajadoras del siglo XIX y XX seguirá una pauta abierta por los estudios culturales marxistas, en una órbita en la que destacan renovadores de la metodología marxista como György Lukács o Erik Olin Wright y teóricos de la literatura que parten de una inspiración asimismo marxista como Juan Carlos Rodríguez¹. El motivo principal que justifica esta guía conceptual reside en el interés mostrado por estos autores hacia estructuras y dinámicas de imbricación entre experiencia social y formación de la conciencia subjetiva, que es propósito del presente ensayo analizar desde la base que ofrece el texto literario. Teniendo en cuenta esta premisa, nuestra aproximación a las novelas indicadas en el título se orientará desde la distinción entre mera conciencia psicológica y conciencia atribuida (*zugerechnetes Bewusstsein*) de clase sostenida por Lukács en su obra de 1923, *Historia y conciencia de clase*, en la que se explora la lógica subyacente a la formación de procesos revolucionarios de izquierdas y se analiza con detalle la constante interacción entre subjetividad y cambio social en el campo de estudio de la teoría política. El autor húngaro, que, como es bien sabido, se introdujo en el pensamiento marxista desde una formación previa de estudios estéticos y literarios, se detiene en varios ensayos de esta obra en la necesidad de distinguir entre el potencial emancipador de la conciencia del proletariado, comparado con el cierre dogmático generado por la hegemonía ideológica burguesa, tan adherida a la galería noble conformada por el pensamiento no marxista alumbrado en el siglo XIX. “[E]l proletariado es capaz de contemplar la sociedad desde su mismo centro, como un todo coherente y, por lo tanto, también capaz de actuar de un modo central que transforme la realidad entera” (Lukács, 1969, p. 75). Ahora bien, para ello es preciso liberar la experiencia social de esta clase de la presión ejercida por los productos ideológicos y culturales capitalistas, configuradores de una imagen del mundo pree-

¹ Recientemente se ha publicado un volumen colectivo editado por M. Rys y B. Philipsen (2022) dedicado a explorar narrativas sobre la precariedad laboral desde 1840 hasta el presente. Entre los contenidos del volumen no hay ningún ejemplo procedente de la literatura en castellano, tradicionalmente minusvalorada por razones de hegemonía cultural anglosajona, literatura que es precisamente la que nos proponemos estudiar en este estudio, tomando como referente la senda abierta por Juan Carlos Rodríguez en su lectura del surgimiento de la literatura burguesa y su público en Europa (1970). Un enfoque bien diferente sobre el valor cognitivo, cultural y político de la literatura se encontrará en Nussbaum (1997), en la que las emociones como fenómenos marcadamente subjetivos eclipsan los marcos sociales que les dan forma y se concentran en la construcción de sentido para un sujeto concreto.

minentemente burguesa, con el fin de exponer un modelo de cooperación social y comunidad de bienes insólito desde las lentes de la racionalidad instrumental. Solo entonces se manifestará con la debida fuerza en el campo de la historia efectiva que “la clase obrera no tiene ‘ideales que realizar’, sino que tiene simplemente que “poner en libertad los elementos de la nueva sociedad”; es el camino que va de la clase ‘respecto del capital’ a la clase ‘para sí misma” (Lukács, 1969, p. 25).

La intensificación de la capacidad del proletariado para ver de frente al capitalismo, como un hecho social total que atraviesa todas las relaciones entre sujetos, habilita una relación con la totalidad que a juicio de Lukács permite escapar a los riesgos procedentes de la distinción sujeto/objeto que ha atravesado todas las construcciones burguesas de la filosofía política y de la historia, de las que el pensamiento de Kant es un parámetro clásico. El conjunto de los trabajadores no tiene por qué tomar en préstamo tácticas ajenas y engañosas para su inserción en el todo social, sino que resultará más prometedor poner en evidencia sus formas de vida, sus prácticas de aprovechamiento de bienes en común y las redes de ayuda mutua que encarnan. Sin haber leído al Lukács de 1923, clave para entender el surgimiento de un marxismo atento a las condiciones de la transformación social², escritoras en castellano como Pardo Bazán y Carnés se deciden a convertir al colectivo de mujeres trabajadoras en el centro de sus novelas, produciendo en el lector efectos de crítica social que es crucial revelar para componer un canon literario a contrapelo, interlocutor sin saberlo de obras eje del marxismo contemporáneo. Si bien es cierto, que –como esperamos tener ocasión de señalar en estas páginas– Pardo Bazán se centra en revelar una realidad colectiva integrada por mujeres desconocida para el público lector burgués de su época, Carnés arrojará luz sobre un espacio social en el que resulta ya imposible generar vínculos comunitarios entre mujeres trabajadoras cuyas demandas y aspiraciones son difíciles de armonizar o, más bien, presuponen el aislamiento y la fragmentación. Si *La tribuna* exhibe el triunfo proletario de una masa que inventa cauces para protegerse de las embestidas de los procesos de producción capitalistas, cuya líder atraviesa además una crisis emocional que no logra sin embargo destruir el vínculo con el todo social en que se inserta, *Tea rooms* dibuja la soledad de una lúcida exponente de los intereses laborales de sus compañeras, que sin embargo no encuentra la manera de politizarlas, al pertenecer estas a un grupo social sometido a

² Llamo en este punto la atención sobre el lúcido balance de esta obra de Lukács realizado por Alberto Santamaría (2023, pp. 133-134): “El capitalismo solo puede funcionar si se comienza a estabilizar no simplemente como herramienta de gestión económica, sino más allá: como tierra natural y fértil sobre la que crece la vida cotidiana. Por eso el elemento psicológico, la absorción de los elementos de conciencia, es prioritario para el capitalista. El juego del capitalismo funciona, pues, diseminando las esporas de la inestabilidad para convertir sus frutos en algo así como una visión natural de la vida. La reducción de la conciencia a un lacónico ‘es lo que hay’ definiría, expresado llanamente, ese estado de ‘falsa conciencia”.

“tendencias espirituales” –por decirlo con el vocabulario tanto de Friedrich Schlegel³ como de Lukács– contradictorias con sus propios intereses de clase. En resumen, las dependientas del salón de té de la novela de Carnés sobreviven en un espacio laboral que las convierte en trabajadoras subalternas del patrón propietario del local, pero en sus momentos de ocio no dejan de soñar con los objetos de goce que les ofrecen bien la religión católica, bien el tímido mundo de consumo e industria del espectáculo que empieza a circular en la España de la Segunda República.

La presente contribución se orienta asimismo desde el operador que Erik Olin Wright denominó “ubicación contradictoria dentro de las relaciones de clase” (Olin Wright, 2018, pp. 185-186), en la que no faltan zonas de afinidad con la tarea que se propone Lukács en 1923, que complica sustancialmente el análisis de la conciencia de clase. Olin Wright defendió la funcionalidad de este elemento de análisis social en su polémica con Pakulski y Waters, defensores de desdibujar el concepto de “clase social” a la luz de las metamorfosis del siglo XX, al considerar su pervivencia una dimensión sólida de la existencia sometida a las dinámicas del capitalismo tardío. Frente a esta posición el autor norteamericano defendió que la creciente complejidad de la ubicación de los sujetos en las relaciones de clase no implicaba su disolución, sino por el contrario la revisión de los cauces desde los que movilizar a las clases subalternas⁴. A mi entender, el recurso a este factor puede enriquecer también una lectura cruzada de la presentación literaria de los grupos de mujeres trabajadoras en las novelas seleccionadas de Pardo Bazán y de Carnés, desde el momento en que permite enfocar mejor el alcance que la disolución de nexos materiales de vida en común en el espacio laboral de una metrópolis como Madrid en la década de los años 30 del siglo XX posee con vistas a transformar las expectativas disponibles para el sujeto trabajador. La argumentación de estas páginas delimitará la evolución que ambas piezas literarias permiten perfilar desde la cotidianidad de grupos de mujeres trabajadoras sujetas a parámetros de conducta y marcos ideológicos compartidos hasta el estallido de tal homogeneidad en el caso de las mujeres trabajadoras de un salón de té

³ Me permito remitir aquí al conjunto de estudios dedicados a la vertiente de Friedrich Schlegel como crítico de la cultura y de la emancipación estética y política en Carrasco-Conde, Garrido y Sánchez Madrid (2022), pues se trata de un autor clave para atender a los ritmos y factores del cambio social contemporáneo.

⁴ Olin Wright (2018, pp. 175-176): “En el concepto de estructura de clase que he empleado en mi investigación, se considera que las relaciones de clases en las sociedades capitalistas se organizan según tres dimensiones básicas: propiedad, autoridad y pericia (o capacidades). A fin de estudiar empíricamente la permeabilidad de las divisiones de clase, divido en tres cada una de estas dimensiones. [...] Así, defino la permeabilidad como una circunstancia que atraviesa divisiones y que relaciona los polos de estas tres dicotomías. La amistad entre los empleadores y los empleados, por ejemplo, se cuenta como un caso de permeabilidad a través de la división de la propiedad, pero una amistad entre un trabajador y un pequeñoburgués o entre un pequeñoburgués y un empresario no lo es. El problema empírico, por tanto, es investigar las posibilidades relativas de permeabilidad a través de tres divisiones de clase, así como las de permeabilidades entre diferentes ubicaciones específicas dentro de la estructura de clase”. Vd. también la argumentación sobre esta cuestión en Olin Wright (2000 [1997]).

madrileño en el tiempo de la Segunda República. En efecto, en este último contexto la actividad laboral pasa a representar para la mayoría de las trabajadoras un mero tributo rendido a una precariedad y subalternidad plenamente naturalizadas, al que unas se entregan con estoica resignación, al tiempo que otras intentan encontrar atajos que les permitan medrar en el espacio social.

Un último factor que completa el paisaje conceptual subyacente a la lectura que propongo remite a la teoría del “inconsciente ideológico” formulada en la década de los 70 del pasado siglo por el teórico de la literatura, Juan Carlos Rodríguez. Me interesa especialmente de la propuesta de este intérprete el énfasis aplicado para entender la obra literaria como parte de las reacciones del agente social ante las contradicciones y tensiones que percibe de manera más o menos borrosa en su medio. No es así extraño que la dimensión de la comunidad, especialmente su posibilidad o declive, cuente con un radical protagonismo en la historia de la literatura al menos desde la enciclopedia de resistencia a la racionalidad mercantil que representa *La divina Commedia* de Dante, en la que cabe encontrar una suerte de epopeya cristiana que hace del punto de vista divino –y del instrumental brindado por la alegoría– el criterio desde el que combatir la desacralización de todos los aspectos de la existencia por obra de la imposición del patrón de valor capitalista⁵. Este es un aspecto de la historia de los géneros literarios que podemos seguir de cerca en un autor como Lukács y cuya reverberación llega asimismo a *El narrador* de Walter Benjamin. Desde estas coordenadas hermenéuticas, cabe recordar que una forma literaria como la novela surge históricamente de la mano de las demandas de orientación de un sujeto que carece de índices que orienten su paso por el mundo y su intervención en él mediante la acción. En este sentido, resulta fundamental extraer las consecuencias de una afirmación como la siguiente: “la literatura no se crea en la Escuela, sino que es el producto peculiar de un inconsciente ideológico segregado desde una matriz histórica, propia de unas relaciones sociales dadas” (Rodríguez, 1970, p. 25). Esta declaración da impulso a la interpretación del archivo literario que se propone en este ensayo, toda vez que intentaremos visibilizar el trasfondo de actitudes individuales y colecti-

⁵ En relación con una lectura de la obra cumbre de Dante Alighieri en clave de combate cultural frente a la extensión de formas de producción y de existencia capitalistas, remito a Varela-Portas de Orduña (2020) y Sánchez Madrid (2023). Cabe esperar que Santamaría (2023, p. 73) desarrolle en próximos trabajos la lúcida reflexión que apunta acerca de las conexiones entre las expectativas acerca de la literatura como motor de cambio social en Lukács y Dante: “Incluso me atrevería a decir, arriesgando mucho, que lo que hallamos en *Historia y conciencia de clase*, su estructura formal profunda, responde al modelo de una forma de novela donde el proletariado, partiendo de la aceptación de un método dialéctico, crece (como los protagonistas de las novelas de formación) hasta constituirse en partido y en forma revolucionaria. Si hacemos simplemente un seguimiento nominal de los capítulos lo vemos con claridad: de la ortodoxia al partido-revolución. De hecho, sabiendo el interés profundo que siente Lukács por Dante en cuanto origen de la novela, no debemos descartar el vínculo entre *Historia y conciencia de clase* y la *Divina Comedia* de Dante”.

vas frente a la actividad laboral que cabe reconocer en los entornos feminizados descritos por Pardo Bazán y por Carnés⁶. De la mano de las diferencias que manifiestan ambos contextos narrativos intentaremos extraer algunas conclusiones acerca de la funcionalidad que la narrativa muestra para reconocer las fortalezas y debilidades de los marcos ideológicos que permean espacios laborales precarizados, ayudando así a definir los obstáculos que impiden el éxito de la emancipación colectiva o siquiera la movilización de las mujeres trabajadoras para alcanzar sus objetivos. Finalmente, es imprescindible valorar también la dependencia que las tesis de Rodríguez mantienen con respecto a la centralidad del discurso burgués como portavoz de contextos de crisis de inserción social que afectan a las clases subalternas, una cuestión que permite preguntar las razones por las que el espacio literario *habla por* el colectivo de los trabajadores, pero carece habitualmente de los medios para dejar que estos sujetos se expresen por sí mismos. En el caso de las novelas que hemos seleccionado, Pardo Bazán realiza encomiables esfuerzos, en la senda de un naturalismo elogiado por Clarín, Pereda y Zola, pero con notas discordantes con los preceptos preconizados por todos ellos, por ponerse en el lugar de las trabajadoras cuya vida describe, mientras que Carnés puede considerarse parte del perfil sociológico de las trabajadoras precarias a las que pertenece Matilde, la dependienta portavoz de la novela *Tea Rooms*. En último término, nos ocuparemos de analizar el potencial y límites de la novela para cultivar la “conciencia posible” de la explotación y la opresión presentes en el medio laboral de los siglos XIX y XX en el contexto social español.

2. Una fábrica plebeya de conciencia política femenina en la España del siglo XIX: las cigarrereras de Marineda en *La tribuna*.

Cuando Emilia Pardo Bazán escribe en el Pazo de Meirás el prólogo de su novela *La tribuna* marca un punto de inflexión en la deriva naturalista de Pérez Galdós y Pereda, tildados de maestros precursores en el texto. La autora no oculta que la

⁶ Sobre las dificultades para proyectar luz sobre el “inconsciente ideológico” como si contara con una silueta geométrica cartesiana, véase la oportuna valoración de Giordano, 2018, p. 122: “El inconsciente ideológico no es una esencia preexistente o una entidad ideal a priori que se plasma, de forma unívoca, directa y transparente, en la obra: es una causa ausente que se hace presente a través de sus síntomas, de forma trasladada (por desplazamientos y condensaciones) e inevitablemente discontinua. Al nacer en el interior de, y al segregarse desde, una matriz ideológica histórica, y por tanto ella misma estructuralmente conflictiva, el entramado ideológico inconsciente a partir del que se articulan los textos, los discursos, las prácticas de vida y las subjetividades es, siempre, contradictorio. No olvidemos, de hecho, que la interpelación del yo-soy histórico nunca se realiza en estado puro y absoluto: la configuración ideológica de la subjetividad siempre deja una herida abierta, un núcleo que se resiste”. Sobre la utilidad y los riesgos del uso del término ideología para aproximarse a la historia de la literatura, véase Sánchez Usanos (2022, pp. 23-24).

descripción detallada de las costumbres, formas de vida y psicología de las mujeres que aparecen en ella posee un claro objetivo docente, mirante a incrementar el conocimiento del pueblo español sin maquillar sus flaquezas, que no pocas veces le conducen a participar en la actualidad política desde la ingenuidad y una peligrosa tendencia a la fetichización⁷. Sin embargo, lo que la novelista evidencia a medida que avanza el retrato colectivo es el potencial político que reviste la experiencia laboral de un grupo intergeneracional de mujeres de una Marinada que figura como trasunto poético de A Coruña, ofreciendo una mirada que relativiza el liderazgo individual de Amparo, la joven obrera dotada de notables capacidades dialécticas y teatrales que lidera las actuaciones de sus compañeras. En efecto, puede extraerse como balance de la obra que el saber común y la distribución de tareas que permite la supervivencia del colectivo son el verdadero protagonista en la sombra bajo el aparente protagonismo de la joven, sometida a vaivenes y tensiones existenciales –en las que su deseo se va conformando– que finalmente se resolverán en la renuncia a la anhelada promoción social y el refugio en la familia ampliada que le da cobijo y constituye su red de cuidados. Para ello, Pardo Bazán no titubeó a la hora de contemplar directamente la cotidianidad laboral de las obreras cigarreras de la Fábrica de Tabacos de A Coruña, que si bien la recibieron con hostilidad al comienzo, poco a poco fueron acostumbrándose a las visitas de la condesa.

En el periodo isabelino, Faustina Sáez del Melgar había retratado previamente una figura de mujer trabajadora –Rosa la cigarrera–, que, al igual que la Amparo de *La tribuna*, ejerce de líder de sus compañeras, esta vez en la madrileña Fábrica de Tabacos de Embajadores⁸. No son pocas las afinidades presentes en ambas tramas, a las que puede asimismo conectarse con la imagen de mujer desharrapada que transgrede las normas éticas de su época que transmite la Fortunata de Pérez Galdós. La mujer obrera se caracteriza como sujeto social sometido a una compleja ubicación de clase, desde el momento en que suele tener que gestionar acontecimientos que la sitúan en el afuera de la normatividad vigente en la época, como es el caso de la precariedad laboral, de la monoparentalidad o de la incursión en el delito para garantizar su subsistencia y la de lo suyos. Por otro lado, la fábrica gallega que sirve de circunstancia para la novela no carecía de notoriedad en el incipiente movimiento obrero femenino español, pues en ella se había declarado en 1857 la primera huelga de mujeres trabajadoras de España. Se trataba, pues, de

⁷ Remito especialmente al valioso trabajo de Oñoro sobre *La tribuna* (2023, pp. 75-76) por su llamada de atención sobre la denuncia de la ingenuidad política del pueblo que, partiendo de un comentario explícito de Pardo Bazán en su prólogo a la novela, esta contendría.

⁸ Véase el estudio sobre este precedente del personaje de Pardo Bazán de Enríquez (2008, pp. 235-244).

un entorno conocido por albergar un colectivo consciente de sus reclamaciones laborales y dotado de una experiencia social plebeya capaz de resistir la violencia institucionalizada en forma de horarios laborales de clara explotación y condiciones infrahumanas.

La pluma de Pardo Bazán se inserta en este contexto laboral rehuendo tanto la idealización popular como el rechazo burgués hacia una realidad humana que estaría por debajo de la línea de flotación de una existencia digna. Muestra de ello es la elección de un personaje como el de Amparo para reflejar las tensiones vividas dentro de la fábrica y experimentadas por la subjetividad de una joven obrera que ingresa en ella por limitaciones evidentes de la clase social a la que pertenece, pero sometida a atractivos sensoriales discrepantes de la vida proletaria. El retrato de Amparo no oculta que la joven es amante de la diversión y la fiesta plebeya, como tampoco que su relación con un militar burgués le promete una dulce salida de la existencia como simple trabajadora de Marineda, la única forma de vida que ha conocido en su entorno familiar. La escritora hace gala de la finura de su planteamiento narrativo al presentar el ingreso de la muchacha en el espacio de la fábrica de cigarros como un momento de tensión, en el que queda atrás la ensoñación producida por la contemplación de mercancías en las tiendas de Marineda/A Coruña, sustituida por un mundo gris de materiales textiles burdos y sencillas paredes de yeso. Sin embargo, una vez dentro del taller de cigarros, Amparo tiene acceso a vínculos laborales de cuidado y solidaridad intergeneracional entre las mujeres que la admiran, al mismo tiempo que toma conciencia de la libertad que le permite recibir un sueldo como obrera. Por primera vez, advierte que el trabajo de sus manos puede ser una senda decidida hacia la emancipación del yugo familiar patriarcal, dado que solo ella conoce el sueldo resultante de su trabajo y puede decidir qué cantidad entregar a su padre barquillero, considerando su posesión personal el resto:

Amparo se parecía por los colores vivos y fuertes, hasta el extremo de pasarse a veces una hora delante de algún escaparate contemplando una pieza de seda roja: así es que los primeros días, el taller con su colorido bajo le infundía ganas de morirse. Pero no tardó en encariñarse con la Fábrica, en sentir ese orgullo y apego inexplicables que infunde la colectividad y la asociación, la fraternidad del trabajo. Fue conociendo los semblantes que la rodeaban, tomándose interés por algunas operarias, señaladamente por una madre y una hija que se sentaban a su lado. Medio ciega ya y muy temblona de manos, la madre no podía hacer más que *niños*, o sea la envoltura del cigarro; la hija se encargaba de las puntas y del corte, y entre las dos mujeres despachaban bastante, siendo muy de notar la solicitud de la hija y el afecto que se manifestaban las dos, sin hablarse, en mil pormenores, en el modo de pasarse la goma, de enseñarse el mazo terminado y sujeto ya con su faja de papel, de partir la moza la comida con su navaja, y de acercarla a los labios de la vieja.

Otra causa para que Amparo se reconciliase del todo con la Fábrica, fue el hallarse en cierto modo emancipada y fuera de la patria potestad desde su ingreso. Es verdad que daba a sus padres algo de las ganancias, pero reservándose buena parte; y como la labor era a destajo, en las yemas de los dedos tenía el medio de acrecentar sus rentas, sin que nadie pudiese averiguar si cobraba ocho o cobraba diez (Pardo Bazán, 2020, pp. 94-95).

Sorprende de este pasaje de la novela la inmersión de la autora en las etapas de producción de cigarros –preparación de la envoltura, corte del cigarro, elaboración de las puntas y del mazo–, pero no menos la vivacidad con la que se describe el cuidado que una obrera dirige a su madre, obrera veterana en la fábrica, donde salta a la vista que se entretajan las generaciones de las mujeres del pueblo. Con esta escena, Pardo Bazán consigue transmitir la convivencia intergeneracional de mujeres en la fábrica de tabacos, en la que podía ingresarse con siete u ocho años para no salir de ella más que a causa de la enfermedad invalidante, como es el caso de la madre de Amparo, o por el fallecimiento de la trabajadora. La inserción de Amparo en un medio laboral en que el olor a virginia y hoja de tabaco verde, sudor y letrinas se mezclan en un ambiente embrutecedor no promete seducir a la muchacha, sabiendo que la calle y sus atractivos eran su lugar natural, en el que escaparates de tiendas, confiterías, boticas y fiestas en la plaza y el aire libre competían por ocupar su atención. Comienza así la novela esbozando a la joven obrera como un sujeto parcialmente desclasado, cuya búsqueda de placer y una vida libre de sufrimiento y penurias monopolizan el horizonte práctico de lo deseable. De hecho, no tardará en intentar transitar del taller de cigarros al menos penoso de cigarrillos, situado un piso más arriba, al que se compara con el Paraíso frente al Purgatorio dantiano que representa el primero. A ello cabe añadir el Infierno representado por el almacén de picado de tabaco en el que ingresa el aprendiz del padre de Amparo, Chinto, enamorado de ella y deseoso de tenerla cerca. “Parecen monos” (Pardo Bazán, 2020, p. 166) afirmará Amparo al ver al zagal sudoroso y medio desnudo, concentrado en una actividad física extenuante. Sin embargo, Pardo Bazán insiste –como hará casi un siglo más tarde Jacques Rancière con respecto a la desconocida historia intelectual de los obreros franceses, un aspecto también destacado por Oñoro (2023, pp. 77-78)– en que dentro del infierno que supone la cotidianidad laboral en la fábrica también crecen valores y experiencias capaces de dignificar esa indeseable existencia. El deseo colectivo de cambio de estas mujeres encerradas en un régimen casi carcelario se condensa, especialmente desde el estallido de la Revolución Gloriosa en 1868, que contó con un inequívoco apoyo de la masa popular, en una toma de partido decidida por la ordenación territorial federal.

Ciertamente las compañeras de fábrica de Amparo carecen de la formación necesaria para discernir la arquitectura legal que caracteriza a las diferentes formas de gobierno –monarquía o federal–, pero en la línea de la docta ignorancia que Unamuno asignaría al pueblo español una década más tarde en *En torno al casticismo* (1895), Pardo Bazán enfoca hasta qué punto la experiencia del cuerpo resulta relevante para articular un movimiento político y activar la conciencia de clase de un colectivo. El hecho de que las extenuantes jornadas laborales de las obreras se vieran interrumpidas por pausas en las que una de ellas –como Amparo– leían artículos de prensa, preferentemente locales, impacta en la conciencia de las trabajadoras, en las que empieza a conformarse un grupo sabedor de que sus objetivos poco tenían que ver con el fatalismo de la mayoría de las obreras de extracción rural, acostumbradas a aceptar los golpes del destino con religiosa paciencia y a concentrarse en el apego al dinero, lo que las aleja de conductas solidarias con otras compañeras, por ejemplo, las expulsadas de la fábrica o temporalmente enfermas. Como anota el editor de *La tribuna*, Benito Varela, Pardo Bazán casi hace de Amparo un trasunto literario de los discursos de Emilio Castelar, un político republicano de la época por el que la escritora sentía fascinación. Podemos acariciar la idea de que la autora gallega presente como desatino y exageración la exaltación que Amparo genera con ayuda de sus lecturas y mítines, pero el ambiente eléctrico que se describe en escenas como la siguiente parece componer una suerte de escena mítica y milagrosa, en que la convicción se abre paso en el ánimo de mujeres humildes por la fuerza alcanzada por la portavoz de sus intereses. Como por arte de magia la fragmentación de los intereses de unas y otras se reúne en una voluntad colectiva, que reúne las mismas demandas:

La fábrica de Tabacos de Marineda fue centro simpatizador (como ahora se dice) para *la federal*. De la colectividad fabril nació la confraternidad política; a las cigarreras se les abrió el horizonte republicano de varias maneras: por medio de la propaganda oral, a la sazón tan activa, y también, muy principalmente, de los periódicos que pululaban. Hubo en cada taller una o dos lectoras; les abonaban sus compañeras el tiempo perdido, y adelante. Amparo fue de las más apreciadas, por el sentido que daba a la lectura; tenía ya adquirido hábito de leer, habiéndolo practicado en la barbería tantas veces. Su lengua era suelta, incansable su laringe, robusto su acento. Declamaba, más bien que leía, con fuego y expresión, subrayando los pasajes que merecían subrayarse, realzando las palabras de letra bastardilla, añadiendo la mímica necesaria cuando lo requería el caso, y comenzando con lentitud y misterio, y en voz contenida, los párrafos importantes, para subir la ansiedad al grado eminente y arrancar involuntarios estremecimientos de entusiasmo al auditorio, cuando adoptaba entonación más rápida y vibrante a cada paso. Su alma impresionable, combustible, móvil y superficial, se teñía fácilmente del color del periódico que andaba en sus manos, y lo reflejaba con viveza y fidelidad extraordinarias. Nadie más a propósito para un oficio que requiere gran fogosi-

dad, pero externa; caudal de energía incesantemente renovado y disponible para gastarlo en exclamaciones, en escenas de indignación y de fanática esperanza. La figura de la muchacha, el brillo de sus ojos, las inflexiones cálidas y pastosas de su timbrada voz de contralto, contribuían al sorprendente efecto de la lectura.

Al comunicar la chispa eléctrica, Amparo se electrizaba también. Era a la vez sujeto agente y paciente. A fuerza de leer todos los días unos mismos periódicos, de seguir el flujo y reflujo de la controversia política, iba penetrando en la lectora la convicción hasta los tuétanos (Pardo Bazán, 2020, pp. 105-106).

“De la colectividad fabril nació la confraternidad política”, una frase que condensa el mensaje transmitido por la escena. Pero, ¿cuál había sido el camino que condujo a las mujeres trabajadoras de Marineda a abrazar el ideario republicano federal? Pardo Bazán emplea en este punto datos que parecen referir a la crisis provocada por el cantonalismo en la España en el verano de 1873, que malograría las esperanzas de aprobar en Cortes una constitución federal en el país, al amenazar con destruir la unidad territorial de la nación. En efecto, Amparo se pronuncia a favor de la libertad de decisión de Marineda, Vilamorta y Aldeaparda, nombre imaginario de los *concellos* de la zona en que se enmarca la novela, frente a los dictados de *Madri*. Esta última ciudad, en tanto que centro del poder económico, político y militar, se presenta a ojos de las cigarreras como epítome de todos los males de las comarcas gallegas, cansadas como están de mandar a sus hijos a defender a monarcas desconocidos, de ver cómo sus productos naturales se envían a la capital y de enriquecer a esta a cambio de más explotación y despotismo. Con la articulación federal del país se espera que cambien las tornas de esta relación de fuerzas tan desigual. Al menos, esa es la expectativa de Amparo y las compañeras –llamadas *troyanas*, frente a las tibias y dóciles *tirias*– que responden a su interpelación como sujeto político, en la que no faltan desde luego síntomas de una fuerte polarización entre las mujeres que proceden del campo y las que conocen la ciudad:

Sólo Madri, que a ese se le acaba la ganga, ya no nos chupará la sustancia; se va a hacer una cosa magnífica, que se llama descentralizar; y veremos cómo después se le baja el orgullo a la Corte. ¡Si es inicuo y absolutista lo que está pasando! Aquí no nos mandan, voy a poner por caso, sino tabaco de segunda, filipino para eso, espérelo usted un mes o dos. Las regalías y las conchas se hacen en Madrid... ¡como si nuestros dedos no fuesen de carne humana! ¿Somos aquí esclavas, o algunas torponas que no sabemos perficionar la labor? Y luego allí, paguita siempre corriente, consignas a barullo... ¡Ciudadanas, es preciso sacudir el yugo tiránico con nobleza y energía cuando venga lo que se aguarda!, ¿eh chicas?

A las dos formas de gobierno que por entonces contendían en España, se las representaba el auditorio de Amparo tal como las veía en las caricaturas de los periódicos satíricos: la Monar-

quía era una vieja carrancuda, arrugada como una pasa, con nariz de pico de loro, manto de púrpura muy estropeado, cetro teñido en sangre, y rodeada de bayonetas, cadenas, mordazas e instrumentos de suplicio; la República, una moza sana y fornida, con túnica blanca, flamante gorro frigio, y al brazo izquierdo el clásico cuerno de la abundancia, del cual se escapaba una cascada de ferrocarriles, vapores, atributos de las artes y las ciencias, todo gratamente revuelto con monedas y flores. Cuando la fogosa oradora soltaba la sin hueso, pronunciando una de sus improvisaciones, terciándose el mantón y echando atrás su pañuelo de seda roja, parecíase a la República misma, la bella República de las grandes láminas cromolitográficas; cualquier dibujante, al verla así, la tomaría por modelo (Pardo Bazán, 2020, p. 125).

Esta escena del capítulo XIII de la novela hace del entusiasmo con que Amparo difunde las promesas de la forma de gobierno republicana, abrazada por el pueblo como salida a sus fuentes de malestar y opresión desde la Gloriosa de 1868 un modelo vivo de las ilustraciones que proliferaron por Madrid en los tiempos de la proclamación de la Primera República. No faltan las llamadas a destacar la ingenuidad contenida en la imagen de los beneficios por recibir en cornucopia del cambio constitucional, pero esta evidencia no eclipsa el hecho de que las cigarreras cuentan con capacidad en la novela para diagnosticar cuáles son las causas de la opresión y precariedad en que transcurren sus vidas. Como los obreros tayloristas que tanto interesaran a uno de los más lúcidos pensadores acerca de la actividad laboral, Antonio Gramsci⁹, no se dejan vencer por el adocenamiento que propician sus condiciones laborales, sino que sueñan con un futuro mejor, en el que los productos de sus manos no les sean arrebatados a cambio de una compensación monetaria ridícula.

El sueño de una subjetividad laboral emancipada en Gramsci se encarna en experiencias de reconstrucción personal como la narrada por Pardo Bazán y como la anotada por el intelectual obrero Gabriel Gauny, cuyos escritos fueron editados por Jacques Rancière (2020). En todos estos ejemplos, se advierte una *traducción semánti-*

⁹ Véase la siguiente reflexión de Gramsci en *Cuadernos de la cárcel*, 22, § 12, en Gramsci (2020, p. 386): “Una vez consumado el proceso de adaptación [del obrero al contexto mecánico de su desempeño laboral], ocurre en realidad que el cerebro del obrero, en vez de momificarse, alcanza un estado de completa libertad. Lo único que se ha mecanizado completamente es el gesto físico; la memoria del oficio reducido a gestos simples repetidos con ritmo intenso se ha «anidado» en los haces musculares y nerviosos y ha dejado al cerebro libre y limpio para otras preocupaciones. Del mismo modo que se puede andar sin necesidad de pensar en todos los movimientos necesarios para mover sincrónicamente todas las partes del cuerpo, así ha ocurrido y seguirá ocurriendo en la industria con la realización de los gestos fundamentales del oficio; se anda automáticamente y, al mismo tiempo, se piensa en lo que se quiera. Los industriales norteamericanos han entendido perfectamente esta dialéctica implícita en los nuevos métodos de la industria. Han comprendido que el “gorila amaestrado” es una mera fase, que el obrero, «desgraciadamente», sigue siendo un hombre, e incluso que durante el trabajo piensa mucho más, o por lo menos tiene mucha mayor posibilidad de pensar, una vez superada la crisis de adaptación sin quedar eliminado, y no solo piensa, sino que, además, el hecho de no tener una satisfacción inmediata con el trabajo y el comprender que le quieren reducir a la condición de gorila amaestrado le puede llevar precisamente a un hilo de pensamiento poco conformista”.

ca que convierte la cólera moral en conciencia de injusticia y posteriormente en lucha social por la emancipación, que solo lógicas de auto-represión frenan en el caso de las cigarreras rurales menospreciadas por Amparo y sus compañeras en *La tribuna*. Pero no puede obviarse que las transformaciones neoliberales del trabajo han conmocionado este mapa antropológico de despertar epistémico y político, conduciendo a nuevas formas funcionalmente afines a la productividad capitalista, crecientemente acostumbradas a que el objetivo final no es conseguir la mayor productividad, sino adoptar la disposición de trabajadores constantemente flexibles. Como sabemos, de estas situaciones se derivará progresivamente la neutralización política del sujeto, que reduce el sujeto precario a mero “recurso productivo” (López Calle, 2018), de la misma manera en que se aceleran efectos regresivos a nivel político como vía de escape del sufrimiento social de los más vulnerables. El grupo de trabajadoras que se mantienen al margen de la militancia de Amparo, a la que finalmente la empresa tabaquera suspenderá de empleo y sueldo por actividades que se consideran subversivas en la empresa, no representan sin embargo a la mayoría de las compañeras de la tribuna. Por el contrario, Amparo está insertada en formas de existencia comunitarias, en las que nadie se siente desasistido en caso de necesidad. El auxilio mutuo a los enfermos, a los desempleados y viudas caracteriza a la ciudad de Marineda, de la misma manera que la comunidad de los hijos, educados en la calle y disciplinados por el vecindario cuando se desmandan. El siguiente retrato contenido en el capítulo XXX de la novela resulta a este respecto correlativo de la comunidad que reina en el entorno de la fábrica:

Vivía el barrio entero en la calle, por poco que el tiempo estuviese apacible y la temperatura benigna. Ventanas y puertas se abrían de par en par, como diciendo que donde no hay, no importa que entren ladrones [...]. Pañales pobres se secaban en las cancillas de las puertas; la cuna del recién nacido, colocada en el umbral, se exhibía tan sin reparo como las enaguas de la madre... Y no obstante, el barrio no era triste; lejos de eso, los árboles vecinos, el campo y mar colindantes, lo hacían por todo extremo saludable; el paso de los coches lo alborotaba; los chiquillos, piando como gorriones, le prestaban por momentos singular animación; apenas había casa sin jaula de codorniz o jilguero, sin aléfies o albahaca en el antepecho de las ventanas; y no bien lucía el sol, las barricas de sardinas arenques, arrimadas a la pared y descubiertas, brillaban como gigantesca rueda de plata. [...]

Todo se compraba fiado: cigarrera había que tardaba un año en poder abonar los chismes del oficio. Reinaba en el barrio cierta confianza, una especie de comadrazgo perpetuo, un comunismo amigable: de casa a casa se pedían prestados, no solamente enseres y utensilios, sino “una sed” de agua, “una nuez” de manteca, “un chiquito” de aceite, “una lágrima” de leche, “una nadita” de petróleo. Avisábanse mutuamente las madres cuando un niño se escapaba, se descalabraba o hacía cualquier diablura análoga; y como el derecho de azotar era recíproco, las infelices criaturas venían a estar en potencia propinqua de ser vapuleadas por el barrio entero (Pardo Bazán, 2020, pp. 214-215).

Cerramos con el comentario de este pasaje el recorrido por la novela, con vistas a destacar la correlación entre la conciencia de lo común que rezuma la cotidianidad en Marineda y la solidaridad que se instala en el espacio laboral y de combate entre normas contrapuestas que representa la fábrica de cigarrillos¹⁰. Incluso la protagonista dará a luz a su hijo, resultante de su relación con Baltasar Sobrado, en un entorno en que brilla la robustez de su red de apoyos: Chinto se ofrecerá a registrar al niño como propio, a lo que *la tribuna* se niega, mientras se escucha desde el exterior de la humilde vivienda el regocijo popular por la proclamación de la Primera República. Sin la infraestructura común de la vida en el barrio obrero de la ciudad, seguramente no estaría tan extendido el cuidado por la subsistencia de todos ni la atención al bienestar de las más veteranas por parte de las más jóvenes. Por otro lado, esa vida comunitaria es la que activa en las trabajadoras lideradas por Amparo una conciencia política que identifica la monarquía con la explotación extractivista de la riqueza de la región, acariciando la república federal como garantía de protección del esfuerzo y los bienes oriundos de la comarca. Esa combinación de fuerzas es clave para entender la entera trama de *La tribuna* y su representación de la movilización política producida en un espacio de explotación y padecimiento, como el que albergó a generaciones enteras de cigarreras gallegas durante el siglo XIX. La perspicacia de Pardo Bazán estriba en buena parte en haber sabido incrustar en el canon literario del naturalismo español una pieza, rápidamente sepultada por las formas políticas dominantes, del activismo político puesto en práctica por las trabajadoras republicanas de ese siglo¹¹, que en sus diferentes profesiones lucharon por reivindicar su derecho a una existencia digna.

3. El declive de la movilización política femenina en el espacio laboral del siglo XX español: las obreras urbanas que no quieren serlo de Luisa Carnés.

En la segunda parte de esta contribución nos centraremos en una escritora perteneciente a la generación del 27¹², redescubierta únicamente en los últimos años en el espacio cultural español gracias al esfuerzo de especialistas en teoría de la litera-

¹⁰ Resulta muy tentador proyectar un estudio comparativo entre el tejido de saberes y acciones implicados en la Comuna de París (1871) y la sociabilidad que sostiene la militancia obrera a pesar de los innumerables padecimientos de las cigarreras de la novela de Pardo Bazán. Un magnífico análisis de los retos epistémico-políticos contenidos en el acontecimiento representado por la Comuna de París se encontrará en Moreno Pestaña (en prensa).

¹¹ Los completos estudios de Espigado (2005; 2010) ofrecen un panorama detallado de estos tempranos espacios de lucha por los derechos civiles de las mujeres en España.

¹² Me parece de provecho asumir el término orteguiano de generación desde la revisión metodológica propuesta desde Bourdieu por Costa (2021).

tura y críticos literarios, como es Luisa Carnés. Esta autora publicó en 1934 una novela –*Tea Rooms. Mujeres obreras*– determinante para la narrativa contemporánea en castellano. En ella la realidad del espacio laboral urbano disponible para las mujeres de clase obrera en el Madrid de la Segunda República se combinaba con la capacidad del texto literario para iluminar a fregonazos un *inconsciente ideológico* patriarcal y explotador de los sujetos más débiles que confirmaba lo poco que había cambiado la situación de la mujer trabajadora desde los tiempos de la dictadura de Primo de Rivera. La obra transcurre en un salón de té madrileño, oferta singular como actividad de ocio en una capital poco acostumbrada a tales espacios, en el que cabe encontrar a la veterana que se conduce con superioridad frente a las novatas, a la beata que encuentra consuelo para sus frustraciones en la religión, a quien se sirve de argucias para sobrevivir y a quien se esfuerza por escapar a las caceras que las costumbres y creencias religiosas imponen a su género. Todas estas voces componen un retrato plural de las reacciones diversas que las dependientas ofrecen a las limitaciones de su estatus económico y de su promoción laboral, un reflejo trágico de una vida en sociedad malograda en que no faltan afinidades con el clásico ensayo *Los empleados* de Siegfried Kracauer¹³. Si bien la mayor parte de las trabajadoras del salón rehúyen la objetividad que explica su precariedad laboral y subalternidad civil, destaca entre todas ellas el personaje de Matilde, convencida de que la desmovilización política ha evacuado toda conciencia política del colectivo al que pertenece, hasta el punto de que le cuesta llamar la atención de sus compañeras hacia la urgencia de unirse para hacer escuchar sus reivindicaciones ante el dueño del local. Por de pronto, el prototipo sociológico que ofrecen las dependientas de la novela rechaza la adscripción general bajo el perfil de la trabajadora o la obrera. *Se ven* como empleadas, en contacto con capas sociales madrileñas de mayor poder adquisitivo que ellas, un público al que en el fondo aspiran a pertenecer algún día, situándose al otro lado del mostrador. Queda muy lejos de este contexto laboral la unión mostrada por las cigarreras gallegas en la novela de Pardo Bazán, en crisis en una ciudad que ha deshecho los tejidos antropológicos de apoyo mutuo presentes en la literatura finisecular precedente. Lo mismo puede decirse con respecto a la

¹³ Kracauer repara en efecto en este ensayo, con notas cercanas a la crítica adorniana de la industria cultural, en el modo perverso en que los productos de entretenimiento al alcance de la masa obrera alemana de los años 30 del siglo XX obturan cualquier atisbo de reivindicación social. Véase Kracauer (2008, pp. 176-177): “Recuerdo a una muchacha a quien sus amigas llamaban “Heimchen”. Heimchen era una hija de proletarios que vive en el barrio de Gesundbrunnen, y que trabaja en la oficina de registro de una fábrica. La magia de la vida burguesa la alcanza precisamente bajo su forma más sórdida, y ella acepta sin pensar todas las bendiciones que se filtran desde arriba. Es característico de ella que, en el salón de baile o en el café del suburbio, no pueda escuchar una pieza musical sin ponerse a tararear de inmediato las canciones de moda correspondientes. Pero no es ella la que conoce todas las canciones, sino que las canciones la conocen a ella, la capturan y la asfixian suavemente. Permanece en un estado de anestesia general”.

manera en que Amparo resuelve la tensión en que la sitúa su apego al entretenimiento y la belleza de las mercancías de consumo y su compromiso con la independencia económica y vital que representa la fábrica. Esos resortes se han simplificado y homogeneizado a paso veloz en España en las primeras décadas del siglo XX, y de ello da cuenta esta novela de contenido social.

El personaje de Matilde permite a Carnés hacer balance de los marcos engañosos desde los que las dependientas perciben su realidad laboral y social. La primera está en condiciones de vislumbrar la violencia que el matrimonio trae consigo para la mujer trabajadora, toda vez que en la pareja de obreros no suele reinar la armonía del hogar, sino más bien los reproches recíprocos por las ocasiones de promoción perdidas, lo que por lo general hunde aún más al varón en la depresión psíquica que supone la explotación laboral sufrida y frustra sin alternativas posibles a la mujer¹⁴. Esa capacidad para sintonizar con el medioambiente fantasmático responsable de la precariedad endémica de su existencia –un orden totalizador que Lukács detecta en su obra de 1923– configura un discurso para el que la fragmentación es el peor veredicto. Sin embargo, a diferencia del éxito cosechado *la tribuna* a finales del siglo XIX en la tarea de “electrificar” los ánimos de sus compañeras, sensibilizándolas de cara a las causas de la opresión en que se encuentran, Matilde no tiene éxito al intentar convencer a las otras dependientes de que de nada sirve quejarse en privado, a espaldas del propietario del salón por los agravios acumulados¹⁵. A su entender, es preciso hacer públicas esas demandas de la mano de iniciativas colectivas si se quieren obtener mejoras en la cotidianidad de la vida laboral. Carnés se detiene en un momento especialmente analítico de la novela en el choque entre Matilde y el resto de dependientas, poniendo de manifiesto un flanco débil de la sociedad que debería haber consolidado la arquitectura institucional de la Segunda República,

¹⁴ En una conversación con su compañera de más edad, Antonia, Matilde subraya la importancia de que la galería subjetiva posible para las mujeres se haya ampliado en los tiempos de la república con ayuda de referentes que se encuentran en el extranjero –en una alusión tácita a entornos como el de la Rusia comunista y a países considerados avanzados en Europa, como Francia, Alemania o Inglaterra–, animando a dejar atrás los obstáculos impuestos al desarrollo civil de la mitad de la población española en la década de la dictadura de Primo. Véase Carnés (2016, pp. 130-131): “También hay mujeres que se independizan, que viven de su propio esfuerzo, sin necesidad de ‘aguantar tíos’. Pero eso es en otro país, donde la cultura ha dado un paso de gigante, donde la mujer ha cesado de ser un instrumento de placer físico y de explotación; donde las universidades abren sus puertas a las obreras y a las campesinas más humildes. Aquí, las únicas que podrían emanciparse por la cultura son hijas de los grandes propietarios, de los banqueros, de los mercaderes enriquecidos; precisamente las únicas a quienes no les preocupa en absoluto la emancipación, porque nunca conocieron los zapatos torcidos ni el hambre, que genera rebeldes”.

¹⁵ La escritora y periodista alemana Maria Leitner seguirá una senda semejante en el contexto cultural alemán al señalar las dificultades que separan a los empleados de un hotel de lujo en Estados Unidos en la novela-reportaje que publicó en 1930, *Hotel América* (Leitner, 2016 [1930]), a la que dedicaría una elogiosa reseña el sutil analista de las ambigüedades que atraviesan la experiencia social de los trabajadores urbanos en la época de Weimar que fue Siegfried Kracauer (2011).

en la que sin embargo se siguen identificando no pocos rasgos herederos de formas de poder del pasado:

Matilde preconiza la solidaridad, la unión de los trabajadores. Sin la unidad en la acción no se consigue nada. Ocurre igual con las peticiones de aumento de salarios, unos son solidarios y otros no; y es natural, en esta situación de cosas, el que habla es el que pierde. Así salen las cosas. “Solidaridad. Solidaridad y a la cabeza”. Estas palabras pertenecen al “parado” vecino de Matilde. “Ese sabe bien lo que dice”. Y tiene razón que le sobra.

—Por ejemplo, nosotras, aquí —dice Matilde—, nos pasamos la vida gruñendo por ganar más. Y con hablar por detrás no se arreglan las cosas. Tiene que haber solidaridad (Carnés, 2016, p. 145).

La novela de Carnés hace precisamente del fracaso de la acción colectiva el eje subyacente de la narración que estructura la obra¹⁶. Las consecuencias de una ubicación de clase crecientemente compleja, en la que las trabajadoras urbanas se sienten más próximas a los referentes del bienestar burgués que a las transformaciones que podrían beneficiar sus propias condiciones de trabajo, emergen con fuerza en la distancia histórica que separa a esta novela con respecto a *La tribuna*. El declive de la presencia pública de demandas laborales procedentes de las mujeres de clase media va abriendo paso en *Tea rooms* a una brecha sin sutura posible a corto plazo entre burguesas y proletarias en la sociedad española del siglo XX, una dicotomía que preocupará también notablemente a María Zambrano¹⁷. Como signo de esta dicotomía de intereses y aspiraciones, será una mujer obrera la que pronuncie un encendido discurso hermanado con los anhelos de la trabajadora de clase media Matilde, que acaba de abandonar la casa en que yace el cadáver de su compañera de trabajo, Laurita, víctima de un aborto clandestino. Esta mujer anónima, poseedora de pinceladas que recuerdan a la líder obrera federalista esbozada por la pluma de Pardo Bazán, no se conforma con el cierre del sindicato que permitía expresar sus demandas a los trabajadores de la

¹⁶ Margarita Nelken ofrece en su informe *La condición social de la mujer en España* (1919) un análisis de la empleada media española a comienzos del siglo xx bien interesante como complemento de la mirada narrativa que sobre aquella ofrece Carnés. Vd. Nelken (2012, pp. 66-67): “La empleada española, mujer, muchacha, mejor dicho, es, por excelencia, el ser más pasivo del universo. Acostumbrada, si es burguesa, a toda especie de miserias, casi siempre a reveses de fortuna, sin los cuales nunca hubiera tenido idea de trabajar, considera su empleo, por ínfimo que sea, como una inesperada salvación, algo así como un premio cuya conservación debe cuidarse por encima de todas las contingencias. Los pocos duros mensualmente ganados han de servir para vestir algo mejor, *para no descender del todo*, y como su empleo, además, es solo transitorio, durará solo hasta que un marido, el que sea y como sea, se ofrezca a mantenerla”.

¹⁷ Muestra de ello son los artículos que publicará en 1928 en el periódico *El liberal*, centrados en buena parte en la desatención de las clases medias a las fuentes de miseria y opresión en que se encuentran las mujeres obreras. Vd. M. Zambrano (1998). Los artículos de María Zambrano en “Al aire libre”. En VVAA, *Actas del II Congreso Internacional sobre la Vida y la Obra de María Zambrano*, Fundación Zambrano.

fábrica de galletas en que trabaja, sino que sale a la calle, sin que su patente embarazo suponga ninguna traba al liderazgo popular que encarna. El encuentro de Matilde con esta obrera, procedente de las capas sociales más populares, enfatiza la soledad de Matilde en su propia clase, rodeada de trampas que ocultan al sujeto las estructuras de explotación en las que está insertado:

Hoy sabemos que las mujeres valen más que para remendar ropa vieja, para la cama y para los golpes de pecho; la mujer vale tanto como el hombre para la vida política y social. Lo sabemos porque muchas hermanas nuestras han sufrido persecuciones y destierros. Quiero decir con eso que, ya que los hombres luchan por una emancipación que a todos nos alcanzará por igual, justo es que les ayudemos; justo es que nos labremos nuestro propio destino. Antes no había más que dos caminos para la mujer: el del matrimonio o el de la prostitución; ahora ante la mujer se abre un nuevo camino, más ancho, más noble: ese camino nuevo de que os hablo, dentro del hambre y del caos actuales, es la lucha consciente por la emancipación proletaria mundial (Carnés, 2016, pp. 199-200).

La conciencia que esta líder de la lucha sindical obrera despliega en la parte final de esta novela social pone en el centro los cauces vitales que habían permitido hasta el momento la supervivencia material de la mujer. Entre estos se encontraba un trabajo precario, al que se sumaban el matrimonio y la prostitución. Pero el discurso de esta mujer obrera trae consigo también otra dolorosa certeza, a saber, la debilidad ideológica de las clases medias, que les incapacita para generar un tejido sólido de resistencia civil a la explotación laboral, a diferencia de la clarividencia que el proletariado muestra tener con respecto a su situación histórica real, que lo convierte en la clase verdaderamente revolucionaria, cuyas prácticas de solidaridad y comunidad de saberes y bienes suministran un ejemplo constante para la centralidad de la propiedad privada, ideal desde el que se conforma la burguesía. Margarita Nelken había dado un informe a las prensas años antes de la publicación de *Tea Rooms* —en 1919—, concitando no pocos ataques, condenas y polémicas, por haber intentado únicamente dar cuenta de las consecuencias perniciosas que la relación libérrima de las mujeres de clase media con la actividad laboral había generado para el intento de proteger con legislaciones justas el acceso de las mujeres españolas al trabajo. Su análisis ofrece un instrumento elocuente para identificar las situaciones que explican el fracaso de la acción movilizadora que Matilde intenta llevar a la tienda en que trabaja. Como en la novela de Carnés, el informe de Nelken arroja luz sobre la disparidad de contextos en los que se configura la subjetividad de la trabajadora burguesa y la proletaria. Nos referiremos a algunos de sus argumentos como apoyo hermenéutico de la mirada literaria que Carnés proyecta sobre las trabajadoras urbanas del Madrid institucionalmente republicano, pero sometido a las contradicciones propias de una sociedad capitalista.

Una de las primeras cuestiones que Nelken trata en su informe es la urgencia de que el poder público se comprometiera con la mejora de las condiciones laborales de las mujeres españolas, como se había materializado en la Constitución de Weimar, sancionada el mismo año de publicación del informe. Sin una legislación cuidadosa con las necesidades de los más débiles no había manera de proteger el derecho al trabajo de un sujeto especialmente vulnerable en el espacio civil como son las mujeres. Esa acción legal debía contrarrestar la competencia desleal que muchas mujeres de clase media ejercen sobre las obreras que carecen de los medios de supervivencia de las primeras. En efecto, según recoge el estudio de Nelken, cuando las mujeres burguesas realizan trabajos de bordado, o fabrican bolsos, carpetas o adornos o enseñan piano por afición, sin negociar el precio del producto de sus manos o de la transmisión de sus conocimientos, se insertan en el mercado laboral de una manera irregular, que resulta altamente negativa para las mujeres que aspiran a mantenerse con su trabajo (Nelken, 2012, p. 45), al abaratar las primeras notablemente los costes de producción y el precio de venta. En virtud de este desorden generalizado en el ámbito del trabajo realizado por mujeres, Nelken no duda en calificar a la mujer empleada en la España de comienzos del siglo XX, a diferencia de la mujer que trabaja a ratos perdidos y por mero gusto, como una *paria*. Las dos pesetas diarias cobradas por las telefonistas –profesión por la que pasó por ejemplo otra ilustre feminista española de la época, Clara Campoamor, antes de convertirse en profesora de mecanografía–, tras superar un examen y soportar la espera hasta la notificación de una plaza, se suma a las dependientas de comercio, a las mecanógrafas y a las vendedoras de libros como parte de un paisaje de precariedad laboral que tiene mucho que envidiar de la seguridad económica de las “treintarrealeras”, que vienen a servir a las grandes ciudades desde el pueblo, cuyo alojamiento y manutención depende de la familia que solicita el servicio doméstico. A no ser que la empresa proveedora de trabajo fuera extranjera, preferentemente norteamericana, los sueldos de las mujeres en las grandes ciudades españolas nada tenían que ver con los de sus compañeros varones. El salario mensual lo estima Nelken entre las quince y cincuenta pesetas, cantidades que impiden a las mujeres garantizar su existencia en una ciudad como Madrid sin contar con la red de apoyo de la familia o de depredadores que se aprovechan de su vulnerabilidad social (Nelken, 2012, pp. 68-69), una situación en la que se advierte un dispositivo poderoso de extracción sexual que se ceba con este eslabón débil del mercado laboral. La condena de esta estructura del mercado laboral es decidida:

¿Qué sucede con este sistema? Pues que en España solo pueden ganarse la vida como empleadas aquellas precisamente que no necesitan ganársela o por lo menos que no necesitan ganársela “por completo”, es decir, aquellas para quienes su sueldo significa únicamente “una ayuda”; pero como al dueño de un comercio o al jefe de una oficina les ha de tener

seguramente sin cuidado el porqué del trabajo de sus empleados y solo mirarán su propia conveniencia, preferirán desde luego una empleada que trabaje poco menos que de balde que no un empleado que exija por su trabajo una razonable retribución (Nelken, 2012, p. 64).

Este contexto manifestamente adverso de inserción laboral aconseja a la empleada no doméstica rehusar la lucha colectiva, al considerarla equivalente a “meterse en líos” que pueden comprometer su futuro, precisamente el entorno de creencias y expectativas que describe la novela de Carnés. Frente a ello, solo cabe proceder a ambiciosas medidas institucionales que protejan los derechos laborales de las mujeres, como por ejemplo la “semana inglesa” a la que se refiere Nelken, que libera a aquellas de tener que trabajar el sábado, teniendo en cuenta que sus obligaciones familiares vuelven el domingo inutilizable para el descanso, dado que todas lo emplean sin excepción para ponerse al día en el cuidado de la casa y los hijos. Se trata de medidas laborales que contemplan medidas desiguales para varones y mujeres, teniendo en cuenta la desigual carga que concierne a unos y otras en relación con los cuidados del hogar y la familia, pero sin atender a esa desigualdad el derecho laboral de las mujeres se malogrará como un mero formalismo vacío, al estar desprovisto de un conocimiento situado de las condiciones materiales del desempeño laboral femenino. Dicho en otros términos, Nelken sostiene que si el Estado aplica lógicas de universalidad vacía de todo carácter material, se corre el riesgo de legitimar con los instrumentos que confiere el poder público los desequilibrios que afectan a la socialización de los sujetos por razón de género. Para dar ese paso, Nelken pone el ejemplo de la Alemania de la mencionada Constitución de Weimar como una nación consciente del apoyo que la legislación debe ofrecer a la mujer trabajadora, denunciando que en España falta el cambio cultural que pase de considerar la legislación laboral reguladora de los accidentes de trabajo, por ejemplo, o de los derechos de maternidad de las trabajadoras, como un compromiso civil y no como una dádiva que lastra a la comunidad entera. Pero ese cambio cultural pasa por conocer de primera mano el interior de los espacios laborales —precisamente el paso que Pardo Bazán decidió dar en solitario a finales del siglo XIX—, ayudando a las propias trabajadoras a ganar conciencia del impacto que sobre sus condiciones laborales tendrá la asociación, que seguía resultando mucho más sólida en el caso de los varones a comienzos del siglo XX en España¹⁸. En realidad, se trata de un esfuerzo pedagógico que precisa deponer una identidad de clase determinada liderada por las clases medias en aras de la enseñanza proporcionada por la historia de las mujeres obreras

¹⁸ Véase a este respecto la apelación de Nelken a las mujeres trabajadoras en Nelken (2012, p. 103): “[P]ensad, cuando se os ofrezca algún socorro o se os prometa alguna ayuda a cambio de vuestra conciencia, que ese socorro y esa ayuda tenéis derecho a exigirlos solo por ser trabajadoras y por ser madres y, lejos de desesperaros o de

procedentes del pueblo llano, que desde los tiempos de las cigarreras federalistas, en su mayoría analfabetas y desconocedoras de la obra de Proudhon o de Pi i Margall, sin embargo supieron articular una red de cuidados y una distribución de tareas que ejerció una resistencia contundente frente a los factores de explotación que las mantiene atadas a la vida en la fábrica. Carnés manifiesta, como lo hace también Kracauer en el espacio cultural alemán, que los productos culturales y la violencia ética procedente del catolicismo español como “orden concreto”, en tanto que factores de seducción o directamente dispositivos de control de las dependientas de un salón de té madrileño en 1934, resultan uno de los enemigos más poderosos para afianzar discursos y acciones que tuvieran en el punto de mira la dignificación de la vida laboral y la promoción civil de las mujeres en España.

No hemos mencionado hasta ahora otro aspecto decisivo que explica el declive de la movilización laboral en entornos urbanos que se refleja en *Tea rooms*. Nos referimos a un proceso que caracteriza al escenario finisecular nacional retratado por la trilogía barojiana *La lucha por la vida* y la novela *El árbol de la ciencia*, en las que personajes como los hermanos Alcázar y Andrés Hurtado encarnan la tensión experimentada por subjetividades obreras, que en contacto con la militancia anarquista claudican finalmente de todo compromiso práctico con la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, en nombre de una suerte de abulia y vaivén nihilista de pensamientos contradictorios.¹⁹ La huida de la realidad social guiada por la expectativa de una promoción milagrosa, que selecciona a los más capaces de soportar los sacrificios necesarios para construir una vida cumplida y exitosa, sustituyen así al lenguaje de los derechos sociales básicos y naturaliza técnicas de explotación que pasan a incorporarse a la experiencia cotidiana. Sin nombrarlas, Carnés se hace eco del arraigo de esas técnicas en la subjetividad femenina, en tanto que la pieza más vulnerable del mercado laboral español en la década de los años 30 del pasado siglo, malogrando en buena parte la tradición de asociacionismo laboral que había alentado la lucha obrera en diferentes territorios del país desde los tiempos de la República federal y que en 1934 sobrevivía aún en territorios como Asturias, que precisamente protagonizaría ese año una revolución obrera de aciago desenlace. Con ello, se advierte también la capacidad de la narrativa para exponer el cambio de tornas en la politización del espacio laboral en España acontecido en el cambio de

humillarlos ante nadie, levantad muy alta la cabeza, unid vuestras fuerzas todas y pedid, en nombre de vuestros derechos, salarios equitativos, jornadas humanas, pensiones en vuestros partos y en vuestras enfermedades, y custodia de vuestros hijos, y ante todo, ganad con vuestra unión, fuerza para exigirlo”.

¹⁹ Sobre la decadencia de la lucha obrera como pieza insertada en los sujetos proletarios de finales del siglo XIX en una ciudad como Madrid en la literatura de Baroja, véase Rodríguez (1968). Una lectura de estas fuentes literarias en clave de filosofía social puede encontrarse asimismo en Sánchez Madrid (2023).

siglo. De la inserción del sujeto en un ámbito comunitario más amplio, en el que sus necesidades y saberes se articulan de manera más o menos organizada con los del resto de compañeros, se pasa a un horizonte de lucha por la vida que se manifiesta como competición por la obtención de la mejor marca de productividad y por la monopolización del mérito y el reconocimiento consiguiente. Las dependientas de *Tea rooms* muestran la estrecha correlación en que los dispositivos históricos de explotación laboral se encuentran con respecto a la difusión de modelos de subjetividad que facilitan el sometimiento a los mismos, generando una menor demanda de cambios legislativos favorables a los intereses de la clase obrera. Esa revolución de los modos de pensar había sido ya recogida de manera insistente por autores que experimentaron precisamente una abrupta transición desde entornos de participación política anarquistas a posiciones marcadamente conservadores, entre los que brillan especialmente el mencionado Baroja, de la misma manera que Azorín, cuya novela *La voluntad* viene a sepultar todo atisbo de acción colectiva progresista en aras de una sacralización metafísica de lo que hay, con independencia del sufrimiento o injusticia que pueda conllevar para la circunstancia concreta que demarca la existencia de los seres humanos. Tampoco ayudaría el culto a una subjetividad para la que lo social representa siempre una molesta limitación, que Ortega empezaría a difundir como producto intelectual en la España de comienzos del siglo XX²⁰. *Tea rooms* enuncia así un lamento en clave feminista frente a los efectos alimentados por esa renuncia de la lucha obrera a alcanzar la hegemonía en las grandes ciudades españolas, que no hizo sino intensificar la ruptura de estas con las formas de asociación y las demandas del campo, una cuestión que, como es bien sabido, da al traste con las promesas de reforma política y social que vieron nacer la Segunda República española. De semejantes lecciones del pasado cabe extraer enseñanzas de envergadura con respecto a los ritmos y piezas integrantes del cambio social, con el propósito de no apostar con apresurada unilateralidad por órdenes de realidad excesivamente subjetivos, pasando por alto la compleja materialidad desde la que se conforma toda cultura y toda figura de la conciencia.

4. Conclusiones

La evolución de los procesos de movilización de las mujeres obreras en dos ciudades en pleno proceso de desarrollo industrial, como fueron A Coruña en el siglo XIX

²⁰ La aproximación orteguiana a la literatura queda muy lejos, por otra parte, del tipo de uso de fuentes literarias ensayado en este trabajo. Sobre las reticencias de Ortega para reconocer la hondura conceptual del texto literario y la ambigüedad que manifiesta hacia la fábrica poética del sentido, remitimos a Clemente Martín (2018).

y Madrid en el XX, unida a la transformación de las formas laborales y los cambios procedentes del ingreso de fuerza de trabajo femenina en un mercado laboral explotador, se dan cita en las novelas de Pardo Bazán y Carnés, manifestando la combinación de estructuras económicas y tendencias culturales en la construcción de la conciencia histórica de los sujetos, a la que tanta importancia concedió Lukács en su reflexión sobre las características que debía cumplir un partido capaz de sintonizar con los problemas y demandas de la clase obrera. Mientras que la resistencia de las cigarreras gallegas a la explotación laboral generó una admirable red de solidaridad exterior a las instituciones del Estado, de cuya agenda quedaban muy lejos las tribulaciones de la mujer obrera, los perfiles psicológicos analizados por Carnés debilitan trágicamente el impulso que la opinión pública puede alcanzar para fortalecer la demanda de iniciativas legislativas que protejan suficientemente el trabajo realizado por mujeres. En 1934 el poder público español estaba en mejores condiciones que en 1873 para calibrar la importancia de una mejora sustancial del trabajo realizado por mujeres. Sin embargo, el tejido de solidaridad obrera que cabe encontrar en 1873 en ciudades como Madrid o A Coruña –del que se hacen eco Sáez del Melgar y Pardo Bazán– se había fragmentado ya en los años 30 del siglo XX en fórmulas muy diferentes de “lucha por la vida”, distantes también de las popularizadas en el espacio literario por el Baroja de la célebre trilogía de los hermanos Alcázar. Cabe extraer como consecuencia que, cuando se entiende el entorno laboral como un espacio aislado y básicamente mecánico, sometido a normas de funcionalidad y productividad que pretendidamente no interactúan con las que dictan el orden social y político, se incentiva debilitar los efectos que la experiencia del trabajo como hecho que implica esfuerzo y pericia físicos y concentración mental posee en la existencia del trabajador. Forma parte de este balance renunciar justamente a la imagen excesivamente épica del trabajo como una constelación de logros alcanzados por un sujeto laborante en soledad, para más bien revelar las estructuras materiales que garantizan la subsistencia diaria de ese sujeto y la continuidad de su actividad productiva. Cuando esas estructuras se debilitan o estallan por obra de la cosificación y fragmentación de la percepción que se tiene de la vida social, necesariamente cambian las expectativas que se depositan en el desempeño laboral. Mientras que las cigarreras de *La tribuna* identifican su labor profesional con una desdicha bíblica de la que deben protegerse colectivamente, las dependientas de *Tea rooms* han dejado de compartir discurso para diseñar estrategias comunes de resistencia a la explotación, pues se ven a sí mismas como sujetos capaces de sortear algún día la dimensión más lacerante de la precariedad en que transcurre su vida, ya sea con ayuda de la religión, ya sea con ayuda de una industria cultural que actúa como el cebo que perpetúa su explotación. La mirada aportada por Matilde

representa una excepción en este paisaje humano, al enemistarse con el mapa emocional y cognitivo de la clase media para reconocer en la masa obrera la única pieza social en condiciones de percibir el dominio que el poder económico ejerce sobre los más vulnerables. De esa manera, un personaje de ficción confirma que romper con los resortes de identificación activados por los circuitos culturales de su clase “natural” anuncia como tímida esperanza una extensión del punto de vista sinóptico que los proletarios adoptan sobre las fuerzas que les oprimen. Con ello, Carnés, una novelista que pronto emprendería el camino del exilio en México tras la derrota republicana en la Guerra Civil, denuncia en un claro diálogo con las dinámicas económicas y políticas de su tiempo el declive de la unión laboral de las empleadas madrileñas como causa responsable del debilitamiento del apoyo popular necesario que hubiese podido consolidar la recepción social de las reformas alentadas por las mujeres de la Segunda República española.

BIBLIOGRAFÍA

- Carrasco-Conde, A., Garrido, G. y Sánchez Madrid, N. (2022). *La ironía romántica. Un motor estético de emancipación social*, Siglo XXI España.
- Carnés, L. (2016). *Tea rooms. Mujeres obreras*. Hoja de lata.
- Clemente Martín, F. J. (2018). Sobre la condena orteguiana de la literatura: precisión y discurso *in partibus infidelium*. *Bajo palabra*, 18, pp. 305-320. <https://doi.org/10.15366/bp2018.18.015>
- Costa, J. (2021). La dimensión generacional en la constitución del carácter individual: ¿Es posible hablar de un *habitus* de generación? *Bajo palabra* 28, pp. 135-154. <https://doi.org/10.15366/bp2021.28.006>
- Enríquez, C. (2008). “Rosa, la cigarrera de Madrid” (1872) de Faustina Sáez de Melgar como modelo literario de “La tribuna” (1883) de Emilia Pardo Bazán. *La Tribuna. Cuadernos de Estudios da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, 6, pp. 235-244.
- Espigado Tocino, G. (2005). Mujeres “radicales”, utópicas, republicanas e internacionalistas en España (1848-1874). *Ayer*, 60, pp. 15-43.
- Espigado Tocino, G. (2010). Las primeras republicanas en España: prácticas y discursos identitarios (1868-1874). *Historia Social*, 67, pp. 75-91.
- Gauny, G. (2020). *El filósofo plebeyo*. Textos reunidos y presentados por Jacques Rancière, Cactus.
- Giordano, C. (2018). La teoría del inconsciente ideológico: una línea de fuga entre marxismo, psicoanálisis y estudios literarios. *Romanica Olomucensia* 30/1, pp. 111-124, doi: 10.5507/ro.2018.007
- Gramsci, A. (2020). *Escritos. Antología*, trad. de Manuel Sacristán y César Rendueles, Alianza.
- Kracauer, S. (2008). *Los empleados*. Trad. de Miguel Vedda, Gedisa/(2013). *Die Angestellten*. Suhrkamp.
- Kracauer, S. (2011). Luxushotel von unten gesehen. En *Siegfried Kracauer. Werke: Essays, Feuilletons, Rezensionen. 1928–1931*, ed. Inka Mülder-Bach (pp. 400–401). Suhrkamp.
- Leitner, M. (2016 [1930]). *Hotel América*, trad. De Olga García, El Desvelo/*Hotel Amerika. Ein Reportage-Roman*. Neuer Deutscher Verlag.

- López Calle, P. (2019). Subjetividad precaria como recurso productivo. Crisis, trabajo e identidad en las periferias metropolitanas desindustrializadas. *Revista Española De Sociología* 28/2, pp. 347-364.
- Lukács, G. (1969). *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*, trad. de Manuel Sacristán, Grijalbo.
- Moreno Pestaña, J. L. (en prensa). Los enigmas de la esfinge y el capital político. ¿Qué podemos aprender hoy de la lectura de Marx/Engels sobre la Comuna de París? *Argumenta philosophica*.
- Nelken, M. (2012 [1919]). *La condición social de la mujer en España*, Horas y horas.
- Nussbaum, M. C. (1997). *Justicia poética. La imaginación literaria y la vida pública*, Editorial Andrés Bello.
- Olin Wright, E. (1997). *Class Counts: Comparative Studies in Class Analysis*. Cambridge University Press.
- Olin Wright, E. (2018). *Comprender las clases sociales*, trad. de Ramón Cotarelo, Akal.
- Oñoro, C. (2023). Paseos proletarios en La tribuna. El archivo obrero de Pardo Bazán, *Minerva*, IV época, 23, pp. 74-78.
- Pakulski, J. y Waters, M. (1996). *The Death of Class*. Sage.
- Pardo Bazán, E. (2020). *La tribuna*. Ed. de Benito Varela. Cátedra.
- Rodríguez, J. C. (1990 [1970]). *Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas*, Akal.
- Rodríguez, J. C. (1968). Estructura y superestructura en Pío Baroja. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 224-225, pp. 411-436.
- Rys, M. y Philipsen, B. (ed.) (2022). *Literary Representations of Precarious Work, 1840 to the Present*. Palgrave.
- Sánchez Madrid, N. (2020). Modelo económico y revolución antropológica. El discurso de Cacciaguidda (*Paraíso XV*). En C. Giordano (ed.), *Leer a Dante* (pp. 195-218). Publicaciones del Círculo de Bellas Artes.
- Sánchez Madrid, N. (2023). *La música callada. El pensamiento social en la Edad de Plata española (1868-1936)*. Publicaciones del Círculo de Bellas Artes.

Sánchez Usanos, D. (2022). La literatura como ideología. Vanguardia, autonomía y fracaso en *Una habitación propia* de Virginia Woolf. *Bajo palabra*, 31, pp. 21-48. <https://doi.org/10.15366/bp2022.31.001>

Santamaría, A. (2023). *Lukács y los fantasmas*. Sylone/Viento Sur.

Varela-Portas de Orduña, J. (2020). Nel mercato dei non saggi: lo sfruttamento della vita in Dante. *Revista de Filosofia Medieval* 27/1, pp. 141-157.

Zambrano, M. (1998). Los artículos de María Zambrano en “Al aire libre”. En VVAA, *Actas del II Congreso Internacional sobre la Vida y la Obra de María Zambrano* (pp. 498-518). Fundación Zambrano.